

ZUGASTI, UN VIAJE DEL MURO AL CIELO

Las obras de Zugasti no buscan expresar lo inefable, sino que se esfuerzan por el contrario en contarnos una narración inteligible sobre la condición humana. Añadiré que esas obras rebosan humanidad por partida doble. En primer lugar, por ser una representación metafórica de la emotividad humana, substanciadas en esas dramáticas figuras antropomórficas que pueblan obsesivamente su relato escultórico. Y en segundo lugar, pero más importante todavía, porque toda esta escultura no es -¡nada más y nada menos!- sino un modo de darle contenido a una vida de artista, una teleología en la cual Zugasti ha ido formándose así mismo. Viajera y camino a la vez, esta escultura es tanto proceso de aprendizaje como de autoperfeccionamiento. Ha producido obras que podemos y debemos valorar como trabajos excelentes, útiles o fallidos para la meta estética escogida por Zugasti, llegar a saber más de los seres humanos, aprender cómo sentirlos sin dejar nunca de asombrarse ante el espectáculo inagotable. El visitante de esta exposición podrá constatar que, por fortuna, aquí dominan las obras buenas. Hay además logros excelentes en uno de los desafíos que cada artista está siempre intentando superar, el de comunicar a los demás sus obsesiones más íntimas mostrándolas en formas que cualquiera- que ponga algo de su parte- puede hacer suyas.

Personalmente, opino que ya era hora de que este tipo de arte, marginado hasta hace bien poco, volviera a suscitar la atención indudable que se merece. Tal vez esto precise alguna aclaración.

Una de las tonterías más lamentables que referidas al arte ha producido la modernidad es aquella según la cual hacer arte no es o no debe ser otra cosa que dar expresión a una personalidad estética innata, a un tipo de sujeto especial que ya existía antes de sus obras. Radiografía, reflejo o emanación de ese yo, la obra de arte no tendría otra misión que dar testimonio de la experiencia interior del artista, ensimismado en la contemplación de profundidades veladas por un velo que sólo él puede levantar, apartar ligeramente para que los otros mortales lleguen a entrever algo de su paraíso secreto.

Uno podía refutar estas obras- es decir, se podía refutar al autor por no enterarse de que iba- o se podía exhibir ante ellas una expresión inteligente, un entrecejo preocupado o una semisonrisa significadora de que uno vislumbraba sus arcanos. Lo que estaba muy mal visto- pero que muy mal- era entrar a valorar si esas cosas eran obras buenas, mediocres o malas. Lógico porque lo que uno veía allí no eran “obras de arte” –qué vulgaridad-, sino emanaciones, rastros o burbujas enigmáticas de un acto creador tan absolutamente reflexivo y personal como entrar y salir del ascensor (NOLI ME TANGERE, la presunta naturaleza de este arte es la intangibilidad).

Tal perspectiva ha llevado y de los valores estéticos a su tibia blandura e insipidez actuales y, lo que es peor, a entronizar el autismo de ese tipo de esteta deconstructivo, tan aficionado a filosofar como enemigo de la Filosofía. Este modo de entender lo estético ha perjudicado, y mucho, a los artistas como José Zugasti, prácticamente tratados como ARTESANOS porque entienden que “hacer arte” es un largo, constructivo y costoso

aprendizaje sin fin. En lugar de saltar al escenario estético para derramar sobre nosotros toneladas de aséptica estética infusa, Zugasti ha optado por trabajar aclarando su propia confusión- la suya y la de su confundido entorno humano, que es el nuestro- en las tramoyas del arte, es decir, entre alambres, pintura, soldadura, polvo y herrumbre. Así han nacido las obras que vemos aquí, lentamente, de la oscuridad a la luz, separándose poco a poco del muro donde, a modo de fósiles, las vimos incrustadas por primera vez.

Zugasti comenzó explorando la pesadumbre. Este es el sentimiento que domina a sus primeros personajes, figuras opacas atrapadas en historias angustiosas. Hace más o menos diez años, Zugasti trabajaba en unas pinturas muy elaboradas, cargadas de texturas polvorientas que inevitablemente evocaban el tacto yesoso de un muro desconchándose bajo la erosión implacable del tiempo y su cortejo, la incuria humana. Sus personajes no estaban mucho más enteros que la pared de donde emergían, víctimas atónitas o autores viciosos de aquella desolación deleznable, fangosa y enmohecida. Pero Zugasti hacía también unos estupendos dibujos, muy sencillos y a la vez muy ricos en su trama lineal, que sin duda son los antecedentes más directos de sus esculturas actuales; como suele suceder con los buenos artistas – un buen artista es aquel capaz de distinguir el buen camino del atajo fallido-, sus obras más sencillas eran también las que anunciaban su evolución posterior. Estos dibujos recordaban algunos trabajos de Modigliani y Giacometti, especialmente los de este último, tan evocado por algunos de los finos tejidos de alambre zugastianos. Pero si los trabajos filiformes llevaron a la escultura de Giacometti al límite del desvanecimiento material – obtenido estirando al máximo la fibra de sus figuras- Zugasti construye en cambio sus obras de modo muy diferente: entretejiendo fibras metálicas que aprehenden hemisferios de espacio así convertidos en figuración virtual de un alguien o un algo que, en vez de irse desvaneciendo parece que, va tomando cuerpo ante nuestra vista.

Los primeros grandes trabajos zugastianos son trabajos parietales. Sobre esta pared solía aparecer, como aplastada o atravesándola, una figura humana cargada de patetismo. Algunos de sus personajes parecían salidos de EL RETRATO DE DORIAN GREY, de O.Wilde, al final de una ruinoso decadencia moral, degenerativa y pustulenta. Esta eficaz muestra de la zozobra humana la conseguía Zugasti curvando y retorciendo las líneas esenciales del personaje, a la vez que roía su tez o transparentaba su organismo para mostrar como una anca patizamba ocultaba un fémur tumoroso. Sin embargo, su evolución posterior ha dejado muy atrás esos ominosos inicios totalmente necesarios como punto de partida, por otra parte.

Afortunadamente para todos, Zugasti dio el paso que su trabajo le estaba pidiendo a gritos- cosa lógica considerando que era el suyo un trabajo expresionista-, esto es, se pasó de la pintura matérica a la escultura. Esta presenta exigencias materiales y expresivas muy distintas, que tuvieron la virtud de refinar las emociones más a flor de piel, dando mayor papel que jugar a la forma de narrarlas. Sus pinturas murales empezaron a perder ortogonalidad, se iban deshilachando y descascarillando por los bordes- de aquí han salido algunas pequeñas obras tituladas PARED que son todo un monumento doméstico de impresionante prestancia poética a la vez, comenzó a amueblarlas con pedazos de armario ajado y trozos de espejo varicoso donde esos seres rebuscaban su corbata descompuesta para embellecerse entre dos combates morales. Recuerdo muy bien, por haberlo visto en su taller, cómo empezó a soldar gruesas varillas de hierro herrumbroso parecidas a un esqueleto de hormigón bombardeado.



Después, esos hierros dieron forma a sus personajes tremebundos, recién fugados del muro donde habían estado presos a causa de algún oscuro infortunio o culpa inconfesable.

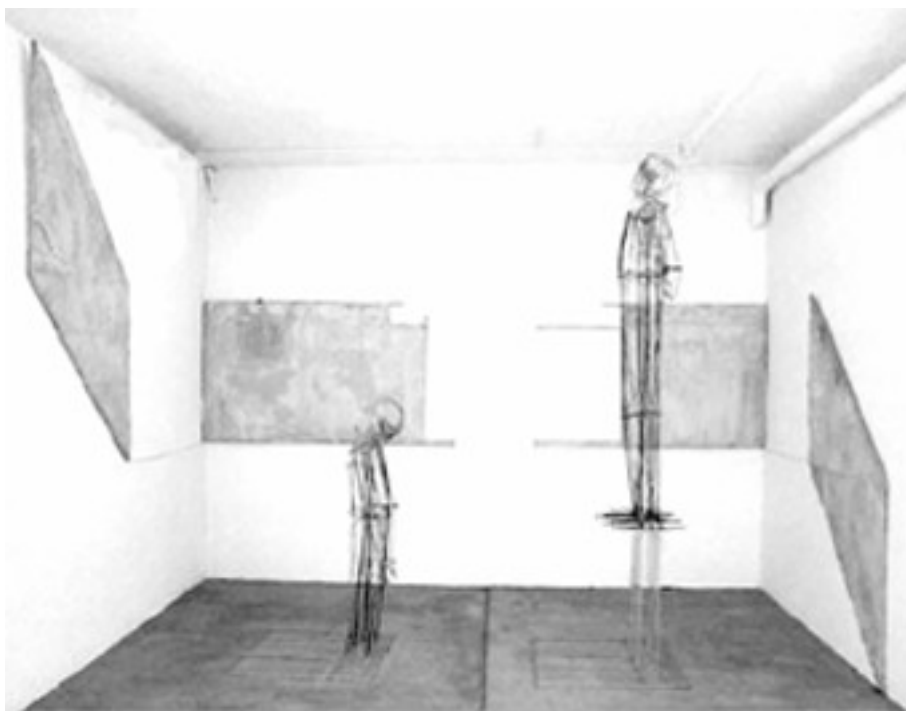
Entre otros trabajos, Zugasti hizo un tipo que, abrumado por algún íntimo desgarró, subía penosamente una escalera conducente a ninguna parte; otra figura apenas lograba incorporarse de su jergón archioxidado; asomó también un ciclista anonadado por algún Tourmalet a lo Moëbius, esto es, sin principio ni fin. La escultura zugastiana estaba a punto de convertirse en este arte de soldar alambres que hoy nos asombra. Iban perfilándose allí sentimientos de lo humano cada vez más livianos, liberados de aquel peso que, como a los pecadores de Dante, incrustaba a sus personajes contra la piel más remota de la tierra. Este aligeramiento no era sólo metafórico, sino totalmente material, porque los gruesos enjambres de varilla oxidada y las barras retorcidas iban dejando más sitio a huecos y perfiles limpios. Zugasti se sumergió en la indagación del propio alambre como materia y forma de la humanidad desvencijada, y ahí ha construído esta imagen de una humanidad celeste.



A lo largo de estos años hemos tenido abundantes ocasiones para hablar del arte, y puedo atestiguar que las obras de Zugasti han sido siempre mucho más elocuentes que las explicaciones de su autor cuando hay que dejar bien sentadas sus convicciones estéticas. Esto ha podido ser un lastre para él en una época en que cierta crítica de mucho predicamento aguzaba el oído para no perderse el comentario ingenioso y la salida de madre, pero hacía oídos sordos a la expresividad de la misma obra.. Pero esta locuacidad de la obra ha beneficiado en cambio a su escultura que, en vez de correr tras de palabras sin sentido, ha sido remolcada por figuras de poderoso significado.

Zugasti apenas ha cambiado a este respecto, y hace muy bien. En vez de intentar colocar algún discurso aprovechando el momentáneo cese del bullicio que, como en un coche atestado de viajeros hartos de su propia algarabía también ha terminado por silenciar al ruidoso mundillo del arte, ha preferido ir silenciando sus obras progresivamente.

Esta técnica de SILENCIAMIENTO consiste en ir aligerando la primitiva maraña metálica, reducida casi a lo esencial en sus últimas obras, proceso apoyado en una geometrización delicada e intuitiva de las tramas y en la introducción de toques de color gris muy claro que matizan la luz reflejada por el filamento, fundiendo en el espacio real los alambres. Las obras silenciosas son más ricas en expresividad que las primeras, más barrocas y contundentes, porque lo perdido en gesticulación lo han ganado de sobra en sugerencia, otro modo narrativo de hacer jugar la expresividad del material en esta historia diferente.



Las paredes pintadas y las primeras esculturas de Zugasti tenían por misión transmitir un sentimiento existencialista profundamente interiorizado. Había el peligro de que Zugasti se quedara soldando personajes acaso demasiado obvios en su patetismo, pero ha probado ser un gran escultor al dar el salto del muro fósil al cielo abierto. Ha terminado en esta travesía liviana por espacios aéreos listos para que la imaginación intersubjetiva los habite. Dudo de que un artista pueda hacer por los demás algo más importante



CARLOS MARTINEZ GORRIARÁN- 1993

